Dámaso, apoyado en la barra de un típico bar madrileño.
Dámaso tiene acento. Es extremeño.
El bar está justo debajo de su casa.
Habla con el camarero.
Hay confianza.

Dámaso.—Ponte la última, Juan. Y un pincho de tortilla. Lo que te decía: que yo de política hablo lo justo. Lo justo y menos. Que no está la cosa como para pronunciarse. *(En tono confidencial)* Ayer mismo, en Gestisa, a mi compañero Juan Carlos se lo llevaron por pertenencia, dicen, a un sindicato comunista. La pinta la tenía, eso sí, yo no le visto bien afeitado en mi vida, pero que eso no quiere decir nada porque tú luego ves a Mariano, también compañero mío, que parece que lo hayan sacado del Pardo y fíjate tú si es comunista que se fue de viaje de novios a la URSS. (…) Ea, por eso te digo. Y me voy a subir ya para casa que mi Maricarmen es capaz de acostar a los niños y bajarse para acá. Anda, ponte la última y sácate ese quesillo curado que tienes ahí guardado, ladrón.

Ah, que no te lo había dicho, Juan. El sábado nos vamos mi amigo Cristobal y yo y nuestras señoras a ver a Massiel al parque de atracciones. Querían que fuésemos a el sábado pasado a ver a Jarcha, y menos mal que acabamos echando algo de talento y dijimos que no, porque parece ser que cantaron el Andaluces de Jaén y allí todo el mundo sacó la bandera de Andalucía y apareció la policía y se lió lo más grande… (…) La gente que se está confiando, se está viniendo arriba y nadie se da cuenta que aunque se haya muerto *el pequeñín* aquí siguen pintando bastos, Juan. Te lo digo yo.